

2

IDEA LIGERA

DE LA VIDA Y CARACTER

DEL CIUDADANO

ROMERO ALPUENTE.

*Con su retrato al frente , vestido de granadero
de la M. N. L. V. de esta Corte.*



IMPRESO EN MADRID

EN LA IMPRENTA DE DON EUSEBIO ALVAREZ

1822.

IDEA LIGERA

DE LA VIDA Y CARACTER

DEL CIUDADANO

ROMERO ALBUQUERQUE

Con un retrato del autor, escrito de su mano
de la M. N. E. V. de esta Corte.

IMPRESO EN MADRID
EN LA IMPRENTA DE DON EUSEBIO ALVAREZ

nombrado presidente de la junta municipal en la ciudad
de San Juan, y volvió a su país, los
que este año no tuvo efecto.
Las conchas de la invasión de los franceses, hicieron
casaca, pero las estropearon las circunstancias de la



Romero Alpuente.

El último paso dado por el ciudadano Romero Alpuente, al alistarse voluntariamente en la Milicia Nacional de esta Corte, relevando si es posible las virtudes cívicas de este atleta de la libertad, ha llamado hácia él la atención de un pueblo acostumbrado ya á mirarle en varias ocasiones como el genio del patriotismo. Con efecto, es sobre manera tierno é interesante ver á un respetable anciano, digno magistrado, y antiguo representante de una hermosa provincia, confundido entre sus compañeros de armas, partir con ellos las fatigas á que este ejercicio dá lugar, y marchar de los primeros en pos de las banderas de la Pátria. El pueblo de Madrid ha sabido apreciar tan brillante escena, y hacer conocer al protagonista de ella el entusiasmo con que le mira. Nosotros, que hemos sido unos de los innumerables que la presenciaron, creemos no poder rendir al señor Romero Alpuente un homenaje mas significativo de nuestro amor, que poner á la vista de todos su respetable figura cubierta de las insignias nacionales, y una ligera idea de los hechos patrióticos que le hacen ocupar un lugar distinguido entre los hombres libres.

Don Juan Romero Alpuente nació en el pueblo de Valdecuenca, en el reino de Aragon. Determinado á seguir la carrera de las leyes, fué á Alcalá donde cursó algunos años; despues de lo cual regresó á Zaragoza en cuya universidad se graduó de doctor en leyes.

Desempeñaba el destino de fiscal de la audiencia de Valencia, cuando de resultas de haberse opuesto con toda la fortaleza que forma su patriótico carácter á que el capitan general que entonces era de aquella provincia tomase algunas providencias arbitrarias, fue preso en la misma ciudad. Desde este momento empezó Romero Alpuente declarándose firmemente opuesto á todo lo que no dimanase de la sana justicia, y desde este tambien empezó á experimentar las persecuciones que en los gobiernos déspotas son inherentes al hombre de bien que osa profesar otros principios que los de la adulacion y el servilismo.

Disipada por fortuna aquella nube, fué nombrado oidor, y despues gobernador de la sala del Crimen de la chancillería de Granada; pero continuando en manifestar sus patrióticas ideas, no tardó en encontrarse con el regente de la chancillería, y el capitan general de la provincia, aunque entonces tuvo la fortuna de que ellos fuesen removidos de sus destinos. Por lo que hace á Romero Alpuente, tambien fue destinado á la audiencia de Canarias, pero las extraordinarias circunstancias ocurridas con motivo de la invasion de los franceses, hicieron que este viaje no tuviese efecto.

Quedose, pues, en España, y vuelto á su pais, fué nombrado presidente de la junta instaurada en la ciudad

de Teruel al principio de la guerra, hasta que habiendo marchado á Andalucía, se le encargó allí la direccion de otra con el objeto de proporcionar monturas y armamento para el ejército del centro. Por aquel tiempo quiso probar en un escrito que todas las desdichas que aquejaban á las tropas nacionales, eran hijas del poco acierto que presidia á las disposiciones de la suprema junta Central, pero el secretario de ella que llegó á ser noticioso de este proyecto, se apoderó de sus borradores, y se fugó con ellos á Sevilla, donde los presentó á la Junta, por lo que el señor Romero Alpuente, que habia marchado al alcance del secretario fué puesto en una prision, en donde escribió un opúsculo titulado *el grito de la razon*.

Los franceses ocuparon las Andalucías, y Romero Alpuente se retiró á Alicante; pero no siendo conforme á sus ideas el permanecer pasivo en medio de la desolacion de la Pátria, se trasladó á Granada, y con el objeto de servir á las tropas nacionales dándoles los avisos necesarios, y á pesar de la esposicion de un papel de esta clase, aceptó la presidencia de una junta encargada de víveres para las tropas francesas. Pero como era de esperar no tardó en conocerse su intencion; y habiéndose dado órden de arrestarle, tuvo precision para evitar su desgracia, de escaparse por los tejados y salirse al fin de la ciudad en medio de mil inconvenientes. La Providencia preservó entonces á Romero Alpuente del riesgo de que le alcanzasen las tropas destacadas en su busca, y los franceses desesperados de no haber dado con él, llevaron el exceso de su rabia hasta quemar su estatua en la plaza de Sevilla.

Por fin despues de los peligros consiguientes á una situacion tan crítica, pudo Romero Alpuente entrar en Cádiz, y en el tiempo que allí permaneció, escribió un papel bajo el título de Ballesteros en Ceuta, y Wellington en España.

Concluyose la guerra, y entonces se trasladó á Madrid; pero destruido el sistema constitucional, y establecido el antiguo con toda la crueldad de que por desgracia hemos sido victimas, se vió Romero Alpuente en una situacion muy delicada, siendo objeto continuo de las pesquisas de la feroz policia de aquella época, las que pudo burlar al favor de mil estratagemas, tales como el mudar cada instante de habitacion, y otras semejantes. Un rayo de esperanza vino á tranquilizar su espíritu con la promocion de su amigo Ballesteros al Ministerio, pero á pesar de todo tuvo la desgracia de verse confinado á Murcia, donde por último recibió el golpe mas cruel que podia esperar, el de ser trasladado á la inquisicion de aquella ciudad. En ella permaneció gimiendo bajo el peso de una durísima opresion, hasta que en marzo de 1820 fué sacado por el pueblo Murciano entre las aclamaciones á que daba lugar el renacimiento de la libertad.

Llegó por fin el momento en que las virtudes y la ilustracion de este ciudadano pudiesen recibir el galardón á que eran tan acreedoras, lo cual se verificó nombrándole casi al mismo tiempo, S. M. para una plaza de la audiencia territorial de Castilla la Nueva, y su provincia para representante suyo en el Congreso Nacional.

En este último destino es donde el señor Romero Alpuente desplegó todo el lleno de su patriotismo; los diarios de córtes de las legislaturas de 820 y 821 están llenos de sus discursos: en ellos cuando no una pomposa y estudiada elocuencia, brilla toda la espresion toda la grandeza de una alma libre. La fuerza de sus argumentos es irresistible; la razon es la que los dirige, y contra ella de poco sirven las frases alnivaradas y pulidas. Todos los abusos que nos han agoviado han sido atacados fuertemente por el señor Romero Alpuente; todos los velos con que la supersticion, el fanatismo, y la hipocresia han querido disfrazarse, han sido rasgados

por su mano con aquella imperturbabilidad, aquella valentía que es el distintivo de un hombre que defiende la verdad. Ni han sido solos los antiguos abusos y opiniones los que Romero Alpuente ha rebatido; ellos estaban ya demasiado desacreditados en la masa de la nación para que se ocupase continuamente en recargar su odiosidad; las erróneas ó interesadas opiniones de algunos llamados liberales, los abusos á que ellas han dado lugar, y que entonces eran mirados como acciones heroicas, han encontrado en Romero Alpuente un antemural invencible que cuando por el pronto no sirviese para destruirlos, ha sido sin duda la causa de que llegase un día en que aquello se verificase. Se le dirigian discursos animados y elocuentes al par que especiosos; se procuraba atraer los espíritus con un tono de sencillez y naturalidad que en vano intenta finjir el que carece del fundamento de la verdad; pero Romero Alpuente, se levantaba impávido, marchaba á la tribuna, contestaba sin calor y en un estilo, si se quiere, demasiado familiar; pero la verdad, era el móvil de sus discursos; y á su hermoso aspecto, quedaban destruidos los prestigios de la elocuencia, y solo los hombres interesados en el sostenimiento del error dejaban de decir *Romero Alpuente tiene razon.*

La opinion pública que rara vez se engaña, no tardó en distinguir á este patriota entre la tropa de hombres eminentes que le rodeaban; para su elevacion en el concepto público, no tuvo que recurrir ni á sus acciones anteriores que no eran conocidas, ni á los prestigios de una persecucion que casi todos ignoraban, ni á las bellas cualidades de una brillante elocuencia, ni de un físico interesante. Pocos eran los que en el Congreso nacional no podian contar ya con estos poderosos apoyos para llamar así la atencion de la nación entera; pero Romero Alpuente teniendo que luchar contra casi todos ellos, logró en fuerza de sus razones, y sin pretenderlo,

colocarse á una altura de que en valde intentaba arrojarle las ironías y asechanzas de muchos, aun de sus mismos compañeros.

Concluidas sus importantes funciones en el Congreso nacional, no por eso ha dejado de hacer conocer sus firmes opiniones, y en varios discursos que ha publicado, ha hecho ver que en cualquier situacion á que la suerte le destine, nunca su voz dejará de dirigirse á animar el espíritu público, y á descubrir las imposturas de los que intentan estraviarlo.

Finalmente en estos últimos dias ha coronado su patriotismo alistándose lleno de años y con una salud débil, en la M. N. de esta córte. Destinado á la compañía de granaderos del primer batallón, concurrió el dia 13 á la guardia del Congreso nacional, y el pueblo de Madrid entusiasmado á su vista le siguió por todas partes con las mas vivas aclamaciones y parabienes. He aquí una idea aunque ligera de su vida; el pintar por menor los muchos servicios que tiene prestados á la patria sería obra larguísima. Baste con lo dicho para que cualquiera le tenga por una persona respetable y digna del amor de los buenos.

Su figura es singular; parece que la Providencia se complació en formar el contraste de la hermosura con la fealdad, y concediendo la primera al alma, dispuso que la segunda presidiese al cuerpo; de suerte que de nadie se puede decir mejor que es *un alma mal alojada*. La hermosura empero de ella, ha destruido los caprichos de la naturaleza, y ha hecho interesante aun su misma fealdad.

Patriota insigne! Recibe este homenaje de quien te aprecia y te venera, sin pretender adularle, y sabe que nuestra voz, es la tierna expresion de todos los hombres libres, que ven en tí el enemigo de los tiranos y el mas valiente defensor de las públicas libertades.